

EL CORTEJO

Enrique Jaramillo Levi / Universidad de Panamá

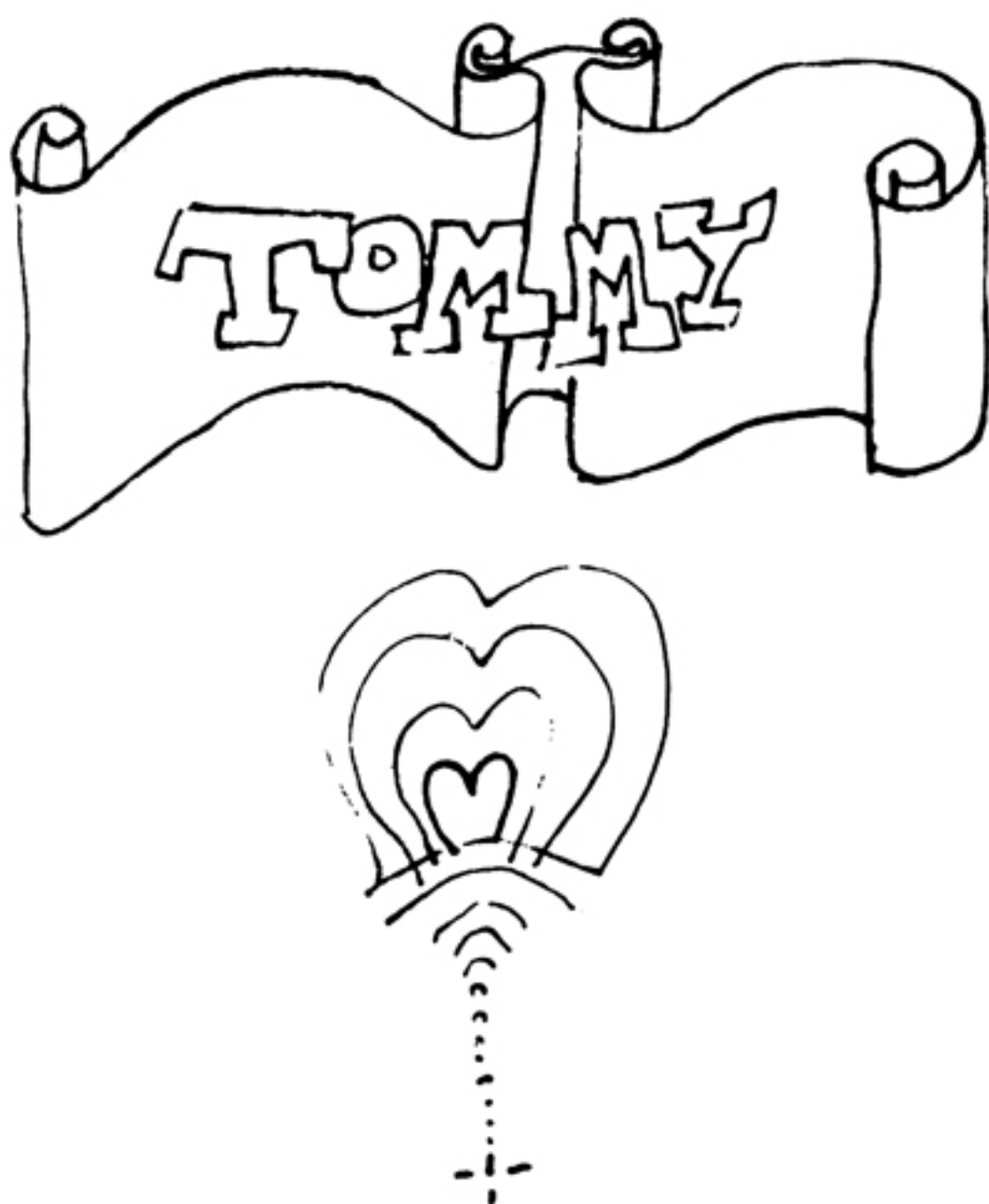
Al salir de su casa respiró fuerte, los vio venir, sintió un raro cosquilleo en la garganta y, como impelido desde dentro, se unió al cortejo. Eran sólo unos diez hombres vestidos de oscuro. Si los vieron no le hicieron el menor caso. Continuaron su marcha serios, a paso lento, en fila de a dos, como en la escuela tantos años atrás. Nada más faltaba que se agarraran de la mano y sonrieran como amiguitos camino a alguna excursión. Y él iba de último, con los ojos llenándosele de aquel negro color del saco que caminaba delante. "Colita" le hubieran gritado desde aceras y balcones allá en Colón, durante los desfiles patrios.

Ahora vivía en este pueblito caluroso. Enseñaba matemáticas, comía yuca y ñame y, a falta de otra cosa, sufría las peculiaridades de su mujer. En días como hoy, cuando de la tierra reseca parecía brotar un vaho opresivo que le mordía la planta de los pies con saña, suspiraba pensando en las playas que bañaban su ciudad. Lo lógico hubiera sido salirse de aquella peregrinación en busca de la cerveza fría de alguna cantina cercana. Pero el hombre siguió caminando tras el cortejo.

Cada vez que dejaban atrás una calle estrecha y empedrada, aparecía otra más retorcida e igualmente vacía que los recibía polvorienta. Notó entonces algo que sólo había sido una vaga sensación hasta ese momento. Cuanto más caminaba más liviano se iba sintiendo a pesar del intenso calor que le subía por los pies y del otro fogaje, más parejo, que oprimía sus sienes nublándole la vista a ratos. Y el sabor raro que le llenaba la boca desde el principio, se había hecho presencia molesta con el esfuerzo. No estaba acostumbrado a caminar distancias. La escuela la tenía al lado. Al frente quedaba la farmacia. Para ir al cine se cruzaban dos calles. A la iglesia no iba ya, pero estaba a la vuelta de la esquina. Hasta la casa de aquella cholita tan graciosa le resultaba cercana. "No es más que una putita", había gritado su mujer un rato antes. "Ya estoy harta de que todos en el pueblo se la pasen comentando. O la dejas de ver o me largo con la pequeña a casa de mis padres. Debías pensar un poco más en ella."

Al poco tiempo levantó la vista y logró distinguir a lo lejos las formas desdibujadas de las cruces. "¿Qué hago aquí?" se preguntó de pronto y no supo contestarse. Sin embargo, no le cabía la menor duda de que conocía la respuesta. Ya la recordaría. Sabía que sería una razón muy sencilla. Dejó de preocuparse y se concentró en crearse la debida resistencia al calor. Lo importante era seguir con estos hombres hasta donde llegaran.

Subieron por la cuesta sembrada de violetas. Nunca había estado en este lugar. Le impresionó la tranquilidad absoluta. Presintió que pronto se deten-



drían. Sería un alivio. Necesitaba descansar. Volvió a sentir cómo aquel cansancio se le convertía en una inexplicable ligereza. Quizá hubiera podido soportar mejor el rigor del mediodía (acababa de recordar que no había almorzado; ¿por qué, si jamás salía a esta hora sin comer?) si le pesara el cuerpo como era de esperarse.

Se detuvieron al fin. La fosa abierta parecía no tener fondo. Sólo vagamente había intuido, sin darle importancia, que aquellos hombres silenciosos y serios cargaban algo en hombros. Bajaban ahora, sin ningún esfuerzo aparente, el rústico ataúd. Los demás rodearon la fosa. Quiso saber quién era el muerto y se adelantó un poco. El círculo era compacto. Trató de abrise paso entre dos de los hombres. No parecieron molestarse. Entonces recordó.

Era difícil saber si debía estar triste o feliz. Respiraba fuerte. Tenía que echarse en algún lado a descansar. Pero había que corregir aquel error. Aún estaba a tiempo.

De un salto se tendió sobre la caja que ya iban a bajar mediante gruesas sogas. Sintió cómo iba atravesando lentamente la madera, sin que nadie se inmutara. El cuerpo que lo recibió vestía saco y corbata. Se quiso salir un momento para ver si los rostros de afuera lloraban. Ya no pudo. La pesadez lo aplastó al esqueleto. Creía recordar algunas facciones y supuso que serían compañeros de trabajo, maestros como él. Hubiera querido ver a la cholita, pero probablemente no le habían avisado. Pensó entonces en su mujer. “No vino a despedirme, la muy desgraciada”, se dijo.

La mueca se hizo sonrisa al recordar: “Claro, es que no puede, la pobre. Seguro que no la han encontrado aún.” En la boca reseca volvió a quemarle el sabor amargo. “¡Lástima que alcanzara a darme esa maldita bebida! ¿Qué sería? ¡Desgraciada!”

Y sintió que la caja tocaba fondo.

ADORNOS



Enrique Jaramillo Levi

La brisa sopla calle arriba chocando contra las vidrieras. Llena de vibraciones imperceptibles los escaparates colmados de adornos inmóviles que se estremecen interiormente al ser atrapados en un vacío de aire tras los cristales. Es domingo y la gente se pasea en grupos por la plaza proyectando imágenes sobre vidrieras que guardan sus figuras la fracción de segundo en que se petrifica el movimiento de los cuerpos. Los objetos que están a la venta ven pasar rostros impávidos, ojos anhelantes o curiosos que se clavan en la gracia artesanal de sus formas como si no existiera la separación impuesta por el cristal, naricitas mocosas tanto chatas como respingadas que perciben el olor de frituras y asados que los invitan a romper el contacto de sus manos con las de sus padres y lanzarse en pos de los vendedores ambulantes. No ignoran los adornos que es un día propicio al tedio, que si el sol ilumina de lado sus costados y arranca matices insospechados a sus variados relieves, sólo propicia la modorra de pasos que se detienen frente a ellos por inercia. La costumbre les ha demostrado que jamás cambiarán de dueño los domingos y se sienten inútiles. Nada hay como percibir la tibieza momentánea de manos que los palpan, los cambian de posición, les quitan el polvo. Cuando fueron creados por los dedos ágiles del artesano conocieron por primera vez la ilusión de vida. Al ser adquiridos por comerciantes ávidos de riqueza supieron de miradas escrutadoras y pensamientos forjadores de precios. Queda aún por realizarse su fin último: llegar a ser parte viva del interior de hogares organizados en torno al lucro, producto del orgullo humano y el sentido de propiedad.

Tras las vidrieras se van formando siluetas, al sombrearse la antigua claridad en cada objeto. A medida que se desalojan las calles, disminuye la rigidez que las apariencias imprimían a los adornos y se inicia el imperceptible proceso de la descosificación. Un sueño inteligente se adhiere a las formas y éstas regresan a su primitiva naturaleza desintegrada. Sueñan el calor grato de los dedos añorados. Intuyen el momento en que despertarán con apariencia propia.